

EL ARTE Y EL OFICIO DE REDACTAR SIMPLIFICADAMENTE

THE ART AND SKILL OF WRITING IN A SIMPLIFIED WAY

*Amador Esteban Navarrete Canales**
Escuela Profesional de Ciencias de la Comunicación

Recibido: 31 de agosto de 2011

Aceptado: 04 de octubre de 2011

RESUMEN

En toda actividad humana, nadie discute hoy que es indispensable la simplicidad en la comunicación. Y más aún en el nivel de la comunicación escrita. Pero la comunicación escrita tiene sus propias reglas, que exigen ser observadas con detenimiento y prolijidad. En todo caso, lo prudente es saber ajustar este tipo de lenguaje a los distintos grupos y personas con los que tratamos de comunicarnos.

Tal es el caso de la divulgación o vulgarización científica y tecnológica, donde tenemos la obligación de ser concisos en el escrito a fin de que las ideas expuestas sean fácilmente captadas por el público lector. Por eso, hoy se da la necesidad y la exigencia de una redacción simple o simplificada.

Palabras clave: Claridad, corregir, divulgar, escribir, pensar, redacción simplificada.

ABSTRACT

In all human activity, nobody discusses that is essential the simplicity in communication. And even at in written communication level. But, written communication has rules, which require to be studied carefully. In any case, it is wise to know how to use this language to the different groups and people with whom we try to communicate.

Such it is the case of technology and science popularization, where we have an obligation to be concise in writing to that the exposed ideas would be easily grasped by reader. So, there is the need and demand for a simple or simplified language.

Key words: Clarity, To correct, To publish, To write, To think, Simplicity redaction

Del pensamiento a la palabra

Aprender a redactar es aprender a pensar. Se trata, en verdad, de un aprendizaje muy personal, difícil, único e intransferible, pues nadie enseña a pensar como tampoco nadie enseña a escribir bien, estrictamente hablando. Se puede impartir normas para orientar el razonamiento metódico (pensamiento lógico), así como se dan normas para expresarse con corrección y cierta elegancia (estilística), pero nada de ello es suficiente. Puede uno, incluso, conocer un manual de estilo y pese a ello redactar con mucha deficiencia.

Normalmente, el que piensa bien, el hombre de mente organizada, quien piensa con lógica, ha de escribir bien. Pero no siempre sucede así, precisan René Fell y Gonzalo Martín Vivaldi (1967: 43).

Escribir bien es un arte y un oficio. Así lo anotan quienes han pasado por estos difíciles menesteres y alcanzan luego brillante pluma. Es un arte porque se cultiva cada día y cada día se aprende más, a partir de los propios errores, y conociendo y leyendo –en realidad deleitándose y apropiándose del secreto de los grandes escritores–; y es un oficio, casi artesanal, porque es una tarea dura, azarosa, constante, que obliga a un esfuerzo personal por doblegar nuestros vicios al redactar, a la par que se deja de lado el ego y la autosuficiencia.

La forma simplificada de divulgar

Quienes nos adentramos como investigadores en materias de Ciencias, el Derecho, la Ingeniería, la Administración, el Turismo, la Psicología, las Comunicaciones o en cualquier otra disciplina tenemos la imperiosa necesidad

de escribir libros y artículos con el fin de darlos a conocer a la comunidad científica y al público en general, y para ello tenemos que valernos de la respectiva divulgación.

¿Y qué es la Divulgación Científica? En palabras del biólogo y académico francés Jean Rostand, expuestas en la Casa de la Unesco, en París, al recibir el Premio Kalinga, el 21 de abril de 1960, «consiste, lisa y llanamente, en hacer participar al mayor número posible de personas en la dignidad soberana del conocimiento, en velar porque la multitud reciba un poco de lo que constituye el honor del espíritu humano y no se mantenga al margen de la grandiosa aventura de la especie; en acercar a los hombres entre sí en la lucha por reducir esa distancia tremenda aunque invisible: la ignorancia; en combatir el hambre espiritual y la consiguiente falta de desarrollo, proporcionando a cada uno una ración mínima de calorías espirituales» (Calvo, 1977: 90).

En síntesis, la divulgación científica tiene la finalidad de integrar en cada ser humano una imagen del mundo e incorporar a su lenguaje los conceptos de la moderna ciencia, a través de diferentes medios que la propia ciencia y la tecnología ponen hoy a su servicio.

El término Divulgar equivale a reivindicar la palabra vulgarizar, que algunos califican peyorativamente, a decir del profesor Calvo Hernando. Por el contrario -anota- vulgarizar significa poner a disposición de todos lo que, de otra manera, quedaría reservado a unos pocos iniciados, en una razón excluyente y cerrada.

Su objeto -agrega- no es permitir que el beneficiario (el público común y corriente) utilice por sí mismo las técnicas o los conocimientos que se le describen, ni que domine todas las temáticas y los vocabularios, sino darle una idea adecuada de los progresos de la sabiduría, una actitud abierta frente a la investigación y los investigadores, y ofrecerle la posibilidad de tratar de comprender, por lo menos, el sentido de una invención o un descubrimiento de actualidad...La vulgarización es una pedagogía para adultos con sus particulares exigencias y servidumbres (Calvo, 1977: 93).

La divulgación o vulgarización escrita no es lo mismo que un tratamiento vulgar del lenguaje sino saber utilizar el lenguaje científico, pero obligándonos

a ser concisos, simples, utilizando para ello la redacción simplificada, a fin de que las ideas expuestas sean fácilmente captadas.

En el campo de la ciencia en general no se puede ni se debe hacer literatura, tal como se entiende esta, también, de forma peyorativa. La literatura es expresión de estética (belleza) en cuanto al manejo de la lengua; recrea y eleva el espíritu a las cimas del arte, e incluso contribuye a dar mayor contenido a las aspiraciones humanas. En la difusión de la ciencia, el lenguaje tiene otra función y otra finalidad: se mueve en un nivel distinto, quiere dar a conocer aquello que se ha descubierto y que significa un avance en determinada disciplina.

Lo primordial: La claridad

Lo primero que debemos buscar en cualquier escrito es la Claridad. Y aquí viene el asunto: ¿qué nos impide ser claros?. Este es un problema de disciplina, de esfuerzo continuado; un problema cuyas raíces debemos buscarlas, necesariamente, en el propio hogar, en la escuela, en el fenómeno social de grupos carentes de tradición cultural y que requieren dejar atrás la ignorancia y la pereza, cuando no el desánimo.

La claridad en el estilo es innata. Se aprende a base de constancia, de dedicación, de tratar de mejorar el texto siempre, de autocorregirnos y de dejar que otros nos corrijan. Se es claro cuando escribimos gracias a la disposición natural que cada uno tiene como un don inherente a su persona. Por eso, se le dice al novato en periodismo que no se le enseña a redactar, como no se le enseña a pensar, cual si se tratara de una simple actividad artesanal o de invocar una fórmula mágica. Para expresarse con propiedad y en un estilo diáfano debe haber una disposición innata. Si ello se da, si el material humano está dispuesto, si la arcilla se deja moldear por el alfarero, entonces las normas gramaticales, de morfología y de sintaxis, de composición, y de ortografía y puntuación son capaces de mejorar el estilo, de perfeccionar nuestro escrito y también nuestro hablar. Pero esto -reiteramos- es un aprendizaje lento, duro, continuado, reflexivo.

Y aquí viene en nuestra ayuda el maestro Azorín, quien citando un memorable diálogo¹ sostenido con Jacinto Bejarano, párroco de una perdida villa de Ávila (España), anota que:

«La claridad es la primera calidad del estilo. No hablamos sino para darnos a entender. El estilo es claro si lleva al instante al oyente a las cosas, sin detenerle en las palabras».

Azorín: ¿Que cómo ha de ser el estilo? Mirad la blancura de la nieve de las montañas, tan suave, tan nítida; mirad la transparencia del agua de este regato de la montaña, tan limpia, tan diáfana. El estilo es eso: el estilo no es nada. El estilo es escribir de tal modo que quien lea piense: «Esto no es nada». Que piense: «esto lo hago yo». Y que, sin embargo, no pueda hacer eso tan sencillo -quien así lo crea-, y que eso que no es nada sea lo más difícil, lo más trabajoso, lo más complicado...

Bejarano.- La cualidad de simple en punto de estilo no es término de desprecio, sino de arte. El estilo simple no tiene menos delicadeza ni menos exactitud que los demás. De todos los defectos del estilo, el más ridículo es el que se llama hinchazón.

Azorín.- Todo debe sacrificarse a la claridad, menos la claridad misma.

Bejarano.- Otra cualquier circunstancia o condición, como la pureza, la medida, la elevación y la delicadeza, debe ceder a la claridad. Más vale ser censurado por un gramático que no ser entendido. Es verdad que toda afectación es vituperable; pero sin temor se puede ser claro.

Azorín.- La única afectación excusable será la de la claridad.

Bejarano.- No basta hacerse entender; es necesario aspirar a no poder dejar de ser entendido.

Azorín.- Sí, lo supremo es el estilo sobrio y claro. Pero ¿cómo escribir sobrio y claro cuando no se piensa de ese modo?. El estilo no es cosa

¹ Diálogo tomado del Manual de Redacción Periodística (pág: 101-103) del profesor y periodista Jorge Augusto Jiménez Villacorta.

voluntaria, y esta es la invalidación de la inutilidad -relativa- de todas las reglas.

Bejarano.- El estilo es una resultante... fisiológica. Cuando el estilo es oscuro hay motivos para creer que el entendimiento no es neto.

Azorín.- Recomendamos la sencillez y tornamos a recomendarla. ¿Qué es la sencillez?. La sencillez, la difícil sencillez, es una cuestión de método. Haced lo siguiente y habréis alcanzado de un golpe el gran estilo: colocad una cosa después de otra. Nada más; eso es todo. ¿No habréis observado que el defecto de un orador o de un escritor consiste en que coloca unas cosas dentro de otras, por medio de paréntesis, de apartados, de incisos y de consideraciones pasajeras e incidentales?. Pues bien: lo contrario es colocar las cosas -ideas, sensaciones- unas después de otras...

Dejemos el diálogo de Azorín (seudónimo de José Martínez Ruiz: 1873-1967), eximio miembro de la Generación del 98 español, para seguir a otro gran escritor: el académico francés André Maurois² (1885-1967), quien con la claridad y la precisión del siguiente artículo: El Arte de Escribir, nos brinda consejos magistrales para aprender a redactar en forma simple:

Usted quiere aprender a escribir. Tiene razón. De nada sirve tener las ideas justas si uno no sabe expresarlas debidamente. Ni las palabras, ni la elocuencia misma, son suficientes, porque las palabras se desvanecen. Un escrito perdura: aquellos a quienes va dirigido pueden volver a leerlo, meditarlo. Queda para ellos como una imagen del autor. Una relación readaptada, bien escrita, está en la base de más de una gran carrera.

Para escribir bien hay que poseer cultura. No es necesario estar al corriente de la literatura más moderna. Es mejor el conocimiento de los grandes clásicos, que suministra citas y ejemplos, e introduce a una asociación secreta y poderosa, esta misteriosa francmasonería de los hombres cultivados que uno encuentra tan frecuentemente entre los médicos, los ingenieros y los escritores. Sobre todo, la cultura nos da vocabulario. Uno no escribe con los sentimientos, sino con las palabras. Usted debe conocer suficientes de ellas y haber

² El Arte de Escribir de A. Maurois ha sido tomado del diario Clarín de Buenos Aires.

penetrado su sentido exacto. De lo contrario las empleará inadecuadamente y el lector no le comprenderá.

La Academia Francesa pasa una sesión entera definiendo tres o cuatro palabras. Esto no es jamás tiempo perdido. Por falta de un lenguaje preciso, todo un pueblo puede ser lanzado en prosecución de objetivos vagos que no merecen ser perseguidos. Por lo tanto, busque en los diccionarios -y sobre todo en el Littré- que le darán ejemplos preciosos. Cada vez que usted ignore el sentido de una palabra, búsquelo. Lea a los grandes autores. Vea cómo, con las palabras que usa todo el mundo, él sabe crear un estilo. ¿Cuáles autores? Molière, el cardenal de Retz, Saint Simon, Voltaire, Diderot, Chateaubriand, Hugo. Ensaye a descubrir el secreto de cada uno de ellos y las fuentes de su maestría.

No ensaye usted tener un estilo. Ya vendrá solo si usted se forma a la vez un rico vocabulario y fuertes pensamientos. Aquello que uno concibe bien se enuncia claramente.

Guárdese de lo rebuscado y lo pedante. Nada echa más a perder un estilo. Diga simplemente lo que tenga que decir.

Valéry ha dado este consejo: «De dos palabras, hay que escoger la menor». Es decir, la menos ambiciosa, la menos ruidosa, la más modesta. Prefiera siempre la palabra concreta que designa los objetos, los seres, a la palabra abstracta. «Los hombres», viene mejor que «la humanidad», «tal hombre», es mejor que «los hombres». Las palabras abstractas son útiles, aun necesarias, pero pronto hacen que el lector vuelva a lo concreto. Con las palabras abstractas uno puede probarlo todo, pero no realizar nada.

Prefiera el sustantivo y el verbo al adjetivo. Más tarde aprenderá a manejar este como lo han hecho Chateaubriand y Proust, pero esto es difícil.

El filósofo Alain, que fue un gran profesor, dio este consejo: «Reducid los preparativos al mínimo». Es decir, no os preguntéis por largas horas ¿Cómo comenzar?, sino comenzad. La primera frase sugerirá la siguiente. Los pensamientos se desarrollarán unos tras otros. Si queréis una trama, no avanzaréis jamás. Si esperáis inspiración, esperaréis en vano. La inspiración nace del trabajo.

Stendhal decía que él tenía que escribir cada mañana, «genio o no genio», y el antiguo autor Plinio expresó «Nulla dies sine línea» (Ni un día sin una línea). Si uno no se propone sentarse cada día en su escritorio, no para soñar, sino para trabajar, si uno se permite pensar: «esta mañana no me siento bien, estoy indispuerto, en la mañana los trabajos son difíciles», entonces está perdido. Al día siguiente hallará una nueva excusa y la vida pasará entre la haraganería y el fracaso.

¿Podremos dominar las dificultades de lenguaje y estilo, descubrir la frase por una palabra familiar? Sí, porque se habrá adquirido a la vez el gusto y la autoridad necesarios.

Los grandes escritores tienen sus vulgaridades intencionales, los grandes embajadores escriben sus informes humorística y brutalmente concretos. Hay que tratar de imitarlos, de obtener su experiencia y su talento.

No hay que atraer la atención, sino por la precisión vigorosa de las fórmulas, por el ajuste perfecto de las frases a las ideas, por una brevedad compacta y plena. En fin, hay que guardarse, mientras no se sea un maestro, de las frases largas. Bossuet las usa, pero él era Bossuet. Cuando el señor Caillaux era presidente del Consejo, le dijo a su jefe de gabinete, cuyo estilo le parecía ampuloso: «Escúcheme, una frase francesa se compone de un sujeto, un verbo y un complemento directo, eso es todo. Y cuando necesite un complemento indirecto, venga a buscarme».

Usó así una exageración graciosa y oportuna. Pero, en el fondo, era verdad.

Anotaciones a los textos de Azorín y Maurois

Las palabras no solo se desvanecen. También se gastan y pasan al olvido porque, como todo en la vida, nacen, crecen, se reproducen y hasta mueren. En realidad, lo que más sorprende es que la lengua se vaya creando y re-creando en el habla popular -y no en el gabinete de los académicos, quienes finalmente se limitan a sancionar los vocablos y a darles legitimidad-, según certero comentario escuchado al Director de la Real Academia Española (RAE), Víctor García de la Concha.

Esa es la razón de que tenga que renovarse cada cierto tiempo el Diccionario de la Real Academia Española (DRAE), incorporando nuevos vocablos. A propósito, cabe saludar la reciente aparición de la Nueva Gramática de la Lengua Española, también publicada por la RAE, que acoge por primera vez el hablar propio del castellano en España y el riquísimo aporte de nuestras tierras americanas, en un idioma en el que ya se expresan más de 500 millones de personas en todo el mundo. Súmese a todo ello la destacable labor del Instituto Cervantes, dedicado a la difusión del idioma castellano, que cada vez tiene mayor acogida y difusión, incluso en urbes cosmopolitas como Nueva York, Pekín, Berlín y Río de Janeiro.

En cuanto al Estilo, el director de la Agencia española EFE, Álex Grijelmo (2002: 299), expresa que: «en realidad, toda persona que escriba mostrará necesariamente un estilo, bueno o malo. Igual que tendrá una letra y una firma peculiares. Por ello, podemos establecer en primer lugar una división entre estilos correctos e incorrectos; y, después, literarios o no literarios». A su vez, Paul C. Jagot (1973: 15) refiere que: «la originalidad, la elegancia y la riqueza del estilo necesitan de la personalidad, el gusto y la cultura. Todo ello es necesario para crear expresiones inéditas, giros personales y usar con tiento del vocabulario».

Sobre la referencia a la Cultura -en que coinciden Maurois y Azorín-, entendámosla en su sentido más amplio: como valiosa creación humana y de legado invalorable y universal para la humanidad. Absorber la cultura del pasado y el presente, propia y ajena, nos sirve como gran almacén al que acudimos cuando necesitamos expresarnos, especialmente por escrito. Este esfuerzo por apropiarnos de la cultura, como uno se apropia del paisaje, según precisa Óscar Miró Quesada de la Guerra (Racso, 1965), es lo que nos hace verdaderamente cultos:

...La cultura conquista bienes y otorga derechos a cosas que no se logran por la vía de la prepotencia material. Emerson la ha expresado diciendo, más o menos así:

«El terrateniente es propietario de la hacienda, el burgués del jardín, el barón del bosque, el industrial del molino, pero ninguno es dueño del paisaje; a tanto no les da derecho sus títulos de propiedad: el paisaje es de quien sabe verlo».

Sí, el paisaje es de quien sabe verlo, de quien capta el valor estético, de quien intuye la belleza. Y esta capacidad es personal, reside en la cultura propia de cada uno; en su ser intrínseco; en lo que es considerado en sí mismo, en su espíritu. Y no se compra con dinero; ni se alcanza con honores, ni con figuración política ni encumbramiento en la buena sociedad. Pobre o acaudalado, conocido o anónimo, influyente o desvalido, quien sabe contemplar el paisaje es su dueño, esté donde esté, sea quien sea, parezca lo que parezca. Y estos bienes son de noble adquisición, los otros, los materiales, los económicos, pueden ser frutos del engaño, del egoísmo, de la perfidia, de la deslealtad, los bienes culturales jamás. Se adquieren por espiritual superación, por el perfeccionamiento moral...

Cuando André Maurois indica que por falta de un lenguaje todo un pueblo puede ser lanzado en prosecución de objetivos vagos...se está refiriendo implícitamente a la manipulación del lenguaje, propia de algunos políticos de segunda laya, que tratan de embaucar a los ingenuos. Al respecto, el maestro español Alfonso López Quintás (2001: 140 y ss.) anota que cuando se trata de imponer a la fuerza una idea o se lanza sutilmente una ideología lo primero que se manipula o artificia es el lenguaje.

Siendo francés, Maurois cita a renombrados escritores a los cuales solo podemos acceder mediante traducciones si no dominamos el idioma galo. Pero en el castellano tenemos ejemplos de insignes escritores y poetas a los que podemos acudir: Cervantes, el primero; Unamuno, Ortega y Gasset, Juan Ramón Jiménez, por mencionar algunos españoles. Y en nuestro continente quién no se deleita leyendo a García Márquez, Vargas Llosa, Ciro Alegría, Cortázar, Fuentes, Rulfo, Arguedas... Y entre los poetas de España y estas tierras a Jorge Manrique, Fray Luis de León, Teresa de Ávila, Machado, García Lorca, Vallejo, Neruda, Gabriela Mistral, Alfonsina Storni...

Al escribir hay que ser sencillo y claro, como nos aconsejan Azorín y Maurois. Muchas veces a través del escrito queremos brillar y despertar admiración, mediante el uso de términos rimbombantes y la argumentación demasiado recargada en la frase y en el contenido, que simplemente no dicen nada y que en el fondo nos hacen caer en la cursilería cuando no en la chabacanería y hasta en la vulgaridad.

Recordemos que la máxima aspiración de quien escribe es que lo lean y lo comenten. Nadie escribe para no ser leído o para refocilarse solitariamente.

Corregir, siempre corregir

Autocorregirse es un ejercicio siempre recomendable para quien quiera pulir su escrito y mejorarlo. La autocorrección ayuda a ser severo crítico de uno mismo, contribuye a encontrarse fallas, y para ello debe leerse y releerse el texto tantas veces hasta quedar satisfecho con la versión final. A la par, quien escribe y quiere mejorar su escrito debe aceptar las críticas y correcciones de otras personas, pues en este menester no siempre se tiene la razón.

En el Periodismo hay una máxima que enseñan los veteranos cronistas: todo texto puede ser mejorado, incluso el que ya está publicado y que nos parece el sùmmum del relato. Aunque debemos buscar la excelencia, tampoco debemos de pecar de perfeccionismos, que a nada conducen. Recordemos, que todo periodista trabaja contra el tiempo y que este es el mejor acicate, el mejor estímulo, para producir y producir bien.

Gonzalo Martín Vivaldi (1986: 164) señala que: «para conseguir un estilo conciso y denso, hay que saber tachar. El principiante en el arte de escribir suele caracterizarse por el exceso de modificativos en sus escritos; redacta con cierta confusión porque carga los párrafos con multitud de frases modificativas (subordinadas o de segundo orden), que muchas veces no son necesarias para la comprensión del pensamiento principal».

La norma que conviene seguir -anota este periodista español- es no romper la unidad de la frase o período y colocar el inciso modificativo, la expresión que cambia el sentido de lo que expresamos, donde menos estorbe a la claridad del pensamiento: es decir, procurar que sea lo menos inciso posible, para que el pensamiento fluya sin interrupciones embarazosas.

Precisemos este aprender a corregir y autocorregirse con un escrito que llegó a nuestras manos. Se trata de un artículo titulado Para una Evaluación de la Justicia en «Desarrollo como Libertad» de Amartya Senn.

(versión original)... Sen destaca el hecho que el enfoque basado en el bienestar halla en este aspecto del utilitarismo una de sus raíces, pues si

bien el enfoque consecuencialista del utilitarismo nos lleva a actuar y elegir de acuerdo a la consecuencia esperada, es por tener a la utilidad como consecuencia esperada que el utilitarismo ha ido construyendo la sociedad del bienestar, y ésta será realmente de bienestar si otorga al hombre la utilidad esperada...

(corrección) Amartya Sen destaca el hecho de que el enfoque utilitarista, basado en el bienestar, halla en este aspecto una de sus raíces. Ahora bien, si el enfoque consecuencialista del utilitarismo nos lleva a actuar y elegir de acuerdo a lo esperado es por tener -dentro de su concepción- como paradigmas a la utilidad y a la sociedad del bienestar que ha ido construyendo para el hombre, con la correspondiente utilidad esperada...

Con la debida corrección, todo el párrafo gana en precisión, en argumentación y en ritmo. Además, la certera puntuación ayuda a la claridad del pensamiento enunciado y evita redundancias innecesarias que, incluso, pueden llevar a pensamientos vagos u oscuros, cuando no a expresar todo lo contrario de lo que queríamos decir.

Una semblanza ejemplar

En el Periodismo, donde nace y abunda la redacción simplificada, llama la atención la precisión vigorosa de la frase, el buen manejo del idioma y, especialmente, cómo es que un buen redactor -en este caso Humberto Castillo Anselmi y su notable semblanza del General De Gaulle en su visita a Lima, 1964- despierta el interés del lector y lo captura hasta la última línea:

CHARLES DE GAULLE, HOMBRE SOLEMNE, ALTO, ARROGANTE

Así es De Gaulle: Un hombre solemne, de faz adusta, imponente estampa.

Alto, de ojos pequeños y fulgurante mirada, tiene el rostro de esfinge y la voz de trueno.

Gesticula con aparente nerviosismo, mueve sus largos brazos lentamente, como aspas de molino.

Ayer apareció por primera vez ante los ojos del Perú, vestido con su glorioso uniforme de legendario soldado vencedor de cien batallas, surgió tras la portezuela del avión, medio desconcertado y, al agacharse para ganar la escalerilla, se golpeó en la frente, levemente.

Descendió lentamente, por las escaleras, después de saludar militarmente. Ya en suelo peruano, caminó a grandes trancos, con firmeza, parsimoniosamente.

De Gaulle dirigió su mirada al pabellón e irguió, con arrogancia, el cuerpo.

Ese era De Gaulle, el Presidente, el libertador de Francia, el líder de un pueblo que sacó a Francia de la humillación de la derrota en la Segunda Guerra Mundial, el héroe, el soldado.

Durante el intenso trajín que tuvo que realizar ayer, el presidente de Francia se comportó ceremoniosamente, sin gestos espectaculares.

Cuando estuvo en el aeropuerto, con el presidente Belaunde, permaneció serio, impasible. Escuchó el discurso de bienvenida del Jefe de Estado Peruano sin inmutarse. Apenas si tamborileó, con sus largos dedos, sobre su uniforme.

Cuando habló, lo hizo moviendo, levemente, la mano derecha y abriendo y cerrando los pequeños y vivaces ojos claros.

En el hall del aeropuerto, cuando saludó a las misiones extranjeras y a representantes del gobierno peruano, hizo gestos y ademanes diplomáticos.

Después, a lo largo del serpenteante recorrido por las calles de Lima, saludó a la gente casi sin sonreír.

Pero la emoción hizo presa de este viejo y legendario soldado cuando, de pie sobre el automóvil descubierto, provocó el delirio del pueblo.

Allí, bien plantado sobre el piso del automóvil, respondió a los gritos de júbilo, a las ovaciones, al estallido de entusiasmo, agitando gravemente el brazo derecho con los dedos de la mano estirados.

Una moderada sonrisa iluminaba su rostro pálido y sudoroso.

«Merci», «merci», «merci», (gracias, gracias, gracias) repetía rítmicamente. Sonreía, mostrando apenas la fila de los dientes inferiores. La máscara era enérgica. A veces echaba la cabeza hacia atrás con bruscos movimientos que componían una expresión de severidad o de sorpresa.

Tras el largo recorrido, al llegar a la Plaza de Armas, De Gaulle estaba cansado. En el mismo auto descubierto, ingresó a Palacio de Gobierno.

Descendió del vehículo y subió, paso a paso, las escaleras alfombradas. Arriba, lo esperaba Carito Belaunde. Entonces su sonrisa se hizo radiante. Dedicó algunas frases galantes a la hija del Presidente y, después de dirigir una rápida mirada a quienes lo habían acompañado, penetró al interior.

Hasta allí, De Gaulle había mostrado una personalidad llena de solemnidad, perturbada en ocasiones por la emoción.

Pero más tarde, cuando hizo frente a la multitud en la Plaza de Armas y cuando apareció en el balcón de la Municipalidad, surgió el desafiante conductor de un pueblo.

Alzó los brazos en V y saludó espectacularmente a la gente que lo vitoreaba.

En el balcón municipal recibió la Medalla de la Ciudad de manos de Bedoya y escuchó, atentamente, las palabras del alcalde de Lima, mirándolo cara a cara.

Cuando recibió la Medalla de la Ciudad, mostró la insignia al pueblo, con aparente orgullo.

Fue en el discurso que pronunció desde el balcón cuando dio a conocer su fibra, su temple, sus maneras grandiosas, sus calidades de hombre predestinado por la historia, tal como él mismo suele considerarse.

Con los pies aposentados firmemente sobre el piso, De Gaulle leyó el discurso en castellano. Su voz sonaba potente, casi estruendosa, un vozarrón que se extendía, con lenta entonación y graves modulaciones, por toda la plaza.

La mano derecha vivaz, los gestos secos, imperiosos, barrían como un vendaval, con todas las emociones.

Durante su primer día de permanencia en Lima, De Gaulle vistió su beige uniforme de soldado: Camisa blanca, corbata negra de pequeño y apretado nudo, medias negras, zapatos de cuero de punta ovalada y kepí beige. El pantalón era de boca ancha con gruesas franjas laterales color café.

En su pecho, resplandecían solo dos condecoraciones: La Cruz de Lorena y la de la Legión de Honor.

En el dedo anular de su mano derecha, llevaba su aro de matrimonio de color amarillo y en la mano izquierda, un reloj de oro con correa de cuero negro. Pequeños gemelos, también de oro, ajustaban los puños de la camisa.

Hombre adusto, tieso, impertérrito, De Gaulle tuvo, sin embargo, algunos chispazos de buen humor. Hizo algunas bromas que pocos captaron y, al referirse al discurso que había pronunciado en castellano, dijo: «Ojalá que lo hayan entendido».

Último sobreviviente de los grandes personajes que lideraron el mundo durante la última guerra mundial, De Gaulle fue visto por los limeños, en su primera confrontación popular, como un trozo de la historia de Francia, como la imagen rediviva del guerrero de las grandes hazañas, como el quijotesco hombre que enfrentó con bríos, todas las borrascas.

Al final de la jornada, cuando la gente desocupaba la plaza, un estudiante sanmarquino dijo: «De Gaulle parece haber sido creado para personificar a Francia».

Esta semblanza es un modelo de cómo el periodista demuestra su fina y detallista observación, cómo describe a un personaje histórico y su entorno, y cómo abunda en metáforas, porque así lo exige el texto. Todo ello trasunta el acopio de amplia documentación y cultura, y además prueba palpablemente que la redacción simple o simplificada puede llegar, incluso, a escritos de cierta belleza literaria.

Una pasión en los blogs

Tal como se ha despertado en el mundo un interés inusitado por leer las aventuras de Harry Potter, y cuando docentes y padres de familia creíamos que los videojuegos llenaban todo el «ocio no creador» de los infantes, de pronto nos sorprende que se haya desatado una pasión por escribir en la red y todo gracias a los jóvenes blogueros -y a los no tan jóvenes- que quieren comunicarse y abrirse al mundo, seguramente ante tanto ruido y tanta incomunicación en la familia y en la sociedad.

Nos ha llamado la atención, por ejemplo, los consejos que se brindan para redactar y que se denominan: Normas para escribir bien; 4 reglas para escribir mejor; 8 tips para escribir mejor; 16 reglas para escribir bien y que te entiendan mejor... Y otros títulos semejantes, pero el denominador común es que todos apuntan a que se debe escribir con corrección, allí precisamente (en la red) donde se violan todas las normas del idioma y se escriben «chapuzas» o insignificancias, como dicen en la Madre Patria. Abordando este aspecto, el profesor y periodista español Juan Cantavella Blasco (2010: 22) admite los aspectos positivos de los blogs, pero anota que detrás de esa apreciación: «hay que reconocer que muchos son de ínfima calidad y de que solo unos pocos destacan por encima de la mediocridad reinante. Suponemos que con el tiempo se irán depurando e irán desapareciendo los de menor valía, para permanecer los que ofrecen unos contenidos dignos, densos y atractivos».

Un bloguero, que no se identifica pero sí señala que proviene de Aldala - está al lado de Valencia, según precisa-, da ciertos consejos prácticos en:

Normas para escribir bien

(en bromas, entre jóvenes blogueros)

Aquí os dejo unas pequeñas normas para aprender a escribir bien

1. Lo primero es conocer bien la ortografía.
2. Cuida la concordancia, el cual son necesaria para que no caigan en aquellos errores.
3. Y nunca empieces por una conjunción.

4. Evita las repeticiones, evitando así repetir y repetir lo que ya has repetido.
5. Usa; correctamente. Los signos: de puntuación.
6. Trata de ser claro; no uses hieráticos, herméticos o errabundos gongorismos.
7. Imaginando, creando, planificando, un escritor no debe parecer equivocándose, abusando de los gerundios.
8. Correcto para ser en la construcción, caer evite en transposiciones.
9. Si parles y escrius en castellano, O.K.
10. ¡Por amor del cielo!, no abuses de las exclamaciones.
11. Es importante usar los apóstrofo´s correctamente.

Claro que la ventaja de escribir en un blog consiste justamente en que se trata de una escritura sencilla, de tipo coloquial, casi como si estuviéramos charlando. Sin embargo, debe reconocerse que estamos ante una realidad gratificante: los mejores blogs son aquellos que están bien escritos, que son claros, que saben transmitir un mensaje, y, obviamente, que son escritos por aquellos que saben de qué están hablando.

Resumiendo

En síntesis, para mejorar la expresión escrita y redactar con claridad -y simplificarmente- se dan las siguientes normas:

- 1) Tracémonos un plan. No hacerlo es signo de impotencia o de ignorancia. Porque puede ser que se quiera desarrollar un tema, pero no se sepa de qué se trata.
- 2) Sigamos un orden lógico; a lo que debe sumarse la precisión de los hechos; y la claridad en la exposición y en todo el relato. El orden lógico es un problema de la inteligencia. Hay que trabajar con prudencia y discreción, que -como diría Pascal- son problemas del corazón y forman parte de las cosas que se sienten, que se viven y que se expresan.

Como esquema general de la redacción simple o simplificada recomendamos usar: a) palabras cortas, b) oraciones cortas, c) párrafos cortos.

- 3) Recordemos que lo más difícil es comenzar. Siempre hay que proceder en orden. Hagamos la presentación o introducción, en que expondremos lo que se va a decir. Realicemos un pequeño inventario de las ideas principales que se van a presentar, y a continuación, las ideas secundarias. Por último, los comentarios, las sugerencias y, finalmente, las conclusiones.

Debemos tener en cuenta que la conclusión es decisiva: si es demasiado larga, poco precisa o demasiado oscura, corremos el riesgo de fatigar al lector, quien enseguida nos abandonará.

En realidad, resumamos en pocas palabras lo que se ha dicho en el cuerpo principal del escrito. Y para ello recordemos esta máxima: pensemos siempre en el lector para el que escribimos. Un resumen corto y bien hecho nos puede ayudar a ofrecer un abanico de posibilidades y soluciones donde el lector puede escoger. En fin, en la conclusión tendamos a condensar el todo en algunas fórmulas simples para beneficio de quien nos lee.

Referencias

- Fell, R. & Vivaldi, M. (1967). *Apuntes de Periodismo, presente y futuro de una profesión*. Paraninfo. Madrid.
- Calvo Hernando, M. (1977). *Periodismo Científico*. Paraninfo. Madrid.
- Cantavella, J. (2010). *La Comprometida Pervivencia del Artículo Literario*. Revista Cultura N° 24. Asociación de Docentes de la Universidad de San Martín de Porres. Lima.
- Castillo, H. *Charles De Gaulle, hombre solemne, alto, arrogante*. (25 de setiembre de 1964, fecha en que se publicó la semblanza en el diario Correo de Lima). El texto ha sido transcrito de: *El Libro Diario del Periodista*, publicado por la Asociación Nacional de Periodistas (ANP), en julio de 2002.
- Grijelmo, A. (2002). *El Estilo del Periodista*. Taurus. Madrid.
- Jagot, P. (1973). *La Educación del Estilo, método práctico para adquirir facilidad de redacción y de estilo*. Iberia S.A. Barcelona.
- Jiménez, J. A. (1985). *Manual de Redacción Periodística. Redacción Eficaz o Simplificada*. Editorial Universitaria San Martín de Porres. Lima.
- López Quintás, A. (2001). *La Tolerancia y la Manipulación*. Rialp S.A. Madrid.
- Mauoris, A. *El Arte de Escribir*. (21 de abril de 1964, fecha de reproducción del artículo por el diario Clarín de Buenos Aires). Disponible en: <http://www.hildalucci.com.ar/Mauoris.php>
- Normas para escribir bien (en bromas, entre jóvenes blogueros). Disponible en <http://www.vagos.es/showthread?t=444702>
- RACSO (Óscar Miró Quesada de la Guerra). *Erudición y Cultura*, 7 de noviembre de 1965. Artículo periodístico reproducido en la edición dominical del Sesquicentenario del diario El Comercio de Lima, el 7 de mayo de 1989.
- Vivaldi, G. M. (1986). *Curso de Redacción, del pensamiento a la palabra*. Paraninfo. Madrid.

